

Moody en mi Espejo Retrovisor

Adam M. Kuehner
16 de Junio, 2004

No tenía idea de para qué estaba allí cuando puse mi pie por primera vez en el campus del Instituto Bíblico Moody del centro de Chicago en el otoño del 2001. Como defensor de las doctrinas de la gracia esperaba encontrar puntos ocasionales de discrepancia en mi nueva escuela. Sin embargo, esperaba que la sólida experiencia general de Moody pudiera sobrepasar cualquier desacuerdo “periférico.” Poco sabía de la cantidad de aire caliente que pronto encontraría en la Ciudad de los Vientos.

Desde el mismo principio noté la aterradora tendencia de Moody hacia el liberalismo y la corrección política. Durante la orientación se nos mostró un video alentando la armonía racial entre el cuerpo estudiantil, y el anfitrión de la presentación animaba a todos a admitir su aceptación tácita del racismo y confesarla. Durante la discusión en pequeños grupos que siguió a la presentación un hombre blanco de unos treinta y tantos años explicó que se avergonzaba de sus raíces Caucásicas y que le hubiera gustado haber crecido con una identidad cultural *real*. Fue chocante escuchar tal cosa en una universidad Bíblica evangélica.

Las cosas sólo se pusieron peores cuando comenzaron las clases. En mi clase de Evangelismo Personal, por ejemplo, la profesora declaró que el arrepentimiento no era parte del evangelio, y por lo tanto, no era necesario para la salvación. De acuerdo a su filosofía del evangelismo, los Cristianos debían enfocarse en ganar a la gente para Cristo, en lugar de enredarse con detalles éticos o teológicos específicos. Los homosexuales y las prostitutas, como tales, no debiesen ser abordados con respecto a su estilo de vida pecaminoso hasta después que hayan “recibido a Cristo.” Un estudiante, un exhomosexual, criticó la postura de Jerry Falwell en contra de la sodomía, afirmando que ello “ofendía a muchos homosexuales.” La profesora estuvo de acuerdo, argumentando que tal enfoque directo le causaba al evangelismo un tropiezo innecesario. También nos advirtió en contra de usar palabras tales como *pecado e iglesia*, puesto que podrían intimidar a nuestro “buscador” y terminar así prematuramente la conversación.

En las semanas siguientes, todos mis desafíos a este enfoque humanista fueron o marginados o censurados, y estaba claro que mi profesora no estaba feliz con mi perspectiva alternativa. ¡Incluso recibí un cero en un ensayo donde narraba mi testimonio personal! Cuando le pregunté por la calificación, mi profesora me informó que mi testimonio había incluido demasiado material teológico y que sobre-enfatizaba la fiel instrucción de mis padres. Ella quería que reescribiera la narración, reemplazando mi confesión teológica con un registro de crisis tipo “Camino de Damasco.”

Desafortunadamente, las cosas no iban mucho mejor en mis otras clases. En Antropología Cultural, por ejemplo, la profesora nos instruyó a ser más abiertos de mente, culturalmente hablando, hacia los postes totémicos paganos. Según ella, no eran necesariamente ídolos, puesto que muchos de los nativos que los “admiraban” estaban simplemente venerando

virtudes morales asociándolas con animales. Sugirió que cuando se evangelizan paganos nativos, los misioneros debiesen sentirse libres de usar sus imágenes con el objetivo de “contextualizar” un poco más su presentación de las virtudes Cristianas. Cuando cortésmente traje a colación el tema del segundo mandamiento, la profesora insinuó que el aprecio de ciertos aspectos de estas prácticas paganas les permitía a los Cristianos liberarse del cautiverio del prejuicio Occidental.

Además, pocos de mis profesores apreciaban mis esfuerzos sinceros por contrarrestar la cosmovisión delincencial de la escuela haciendo circular sólida literatura Reformada e involucrándome en diálogos con mis compañeros estudiantes. El resultado fue una brecha aún más amplia entre las verdades teológicas y filosóficas que yo estaba comenzando a abrazar y el pietismo dispensacional y casi-arminiano que dominaba la mayoría de nuestros servicios de capilla y la mayor parte de mis clases.

En la clase de Cristianismo y Cultura Occidental mi profesor atacó la Reconstrucción Cristiana por nombre, afirmando que era esencialmente un movimiento fascista que deseaba imponer los valores Cristianos y sojuzgar a los niños a la tiranía religiosa. A su vez, sugirió que los Cristianos debían propugnar por la actual norma socio-cultural del pluralismo. Cuando levanté mi mano y humildemente sugerí que la actual imposición de la religión humanista a través de la educación controlada por el estado era igualmente tiránica, me encontré con una fría oposición.

En los pocos meses siguientes, anhelé tener la habilidad de examinar y desarrollar una cosmovisión Cristiana consistentemente Reformada. Después de una búsqueda larga y ardua me encontré con el Christ College en Lynchburg, Virginia. Fui conquistado por la amplitud del currículo académico lo mismo que por la impresionante lista de nombres que formaban la facultad. Salté frente a la posibilidad de aprender política e historia por parte de Kevin Clauson y Roger Schultz, quienes eran ambos presidentes de departamento en la Universidad Libertad y experimentados ancianos Presbiterianos. Por encima de eso, el Christ College había añadido recientemente al connotado presuposicionalista Michael Butler como instructor de filosofía a tiempo completo y había hecho arreglos para impartir cursos modulares de rutina con el distinguido autor Kenneth Gentry. Ya no me vería obligado a aprender historia, política, teología y filosofía desde una perspectiva esencialmente humanista. De más está decir que mi decisión de transferirme no fue una decisión difícil.

A lo largo de mis últimos dos años en Moody, encontré un aliento muy necesario en la Iglesia de la Libertad Cristiana, donde fui fielmente instruido y cultivado por varios hombres de iglesia y sus familias. Su disposición para responder mis preguntas y proveerme de útil literatura Reformada me permitió alimentar mis convicciones teológicas recién encontradas con los escritos estelares de Rushdoony, Bahnsen, Gentry, DeMar, y otros. Durante aquel año final, fui capaz de organizar un debate en el campus de Moody entre Gary DeMar y un profesor MBI de Biblia sobre la naturaleza del Pacto Abrahámico. En el debate, la imprenta Libertad Cristiana colocó una mesa de libros con precios de descuento y distribuyó, a precios sumamente accesibles, una gran cantidad de títulos postmileniales y teonómicos a estudiantes MBI. El resultado fue alentador, pues temas

como la teología del pacto, la prosperidad del evangelio y la ética civil teonómica comenzaron a calar el diálogo en el aula de clases.

La fiebre por la reconstrucción se regó de tal manera por la escuela que se impulsó una nueva interpretación de los estándares doctrinales. Bajo la nueva interpretación a los estudiantes postmilenialistas se les prohibió graduarse, dado que el postmilenialismo niega el carácter “inminente del regreso de Cristo.” En última instancia, un puñado de mis compañeros de clase decidió trasladarse a Lynchburg junto conmigo y asistir al Christ College.

En los meses que siguieron al éxodo de Moody, los amigos y la familia han cuestionado ocasionalmente la sabiduría de mi decisión de transferirme de una universidad Cristiana bien conocida a una que es pequeña y que no es acreditada. Sin embargo, este enfoque pasa totalmente por alto el punto crítico. En lugar de eso, debiésemos estar planteando las siguientes preguntas: *¿Por qué es que las únicas universidades y seminarios consistentemente Bíblicos que existen hoy son oscuros y pequeños?* y *¿Por qué es necesario que una universidad reciba un sello de aprobación de una organización Cristiana secular o humanista?* Después de todo, tales instituciones (educativa y eclesiásticamente hablando) se oponen típicamente a la Reforma Cristiana por la cual trabajamos con tanta dedicación. La verdadera acreditación debe ser Bíblica y confesional, que brote de una adhesión a la sana enseñanza Bíblica en lugar de los caprichos políticos y la burocracia impersonal.

En los pasados ciento cincuenta años, el humanismo se ha infiltrado y capturado progresivamente numerosas universidades que fueron una vez Cristianas, tales como Harvard, Yale, Princeton, Duke y otras. La ruina última de estas escuelas ha sido el acomodo y el compromiso con los adversarios. Con respecto a este fenómeno, el historiador Daniel Boorstin escribió, “Para hacer que sus universidades apelen a todos, a gentes que creen cualquier cosa o nada, las denominaciones mismas llegaron a convertirse en poderosos criaderos del ‘Nadismo,’ que algunos observadores han dicho que fue la secta Americana verdaderamente dominante.”

Con el propósito de reestablecer nuestra perdida influencia cultural, debemos rehusar canjear los principios por la popularidad; debemos rehusar el acomodo. En lugar de valorar la acreditación del hombre y el estado, los Cristianos debiesen insistir en la conformidad a los estándares confesionales y la sumisión a la autoridad de la iglesia. El Christ College, junta con muchas otras instituciones de pensamiento similar, ha tomado esta postura de manera valiente. El camino puede ser difícil, pero el destino sigue siendo una constante. Ahora, a sólo un semestre de mi graduación en el Christ College, puedo decir honestamente que no soñaría en asistir a ningún otro lado.

Adam Kuehner es actualmente un estudiante de último año en el Christ College y asiste a la Iglesia Reformada Presbiteriana Westminster, pastoreada por el Dr. Roger Schultz. Después de la graduación espera cursar estudios de post-gradó en Historia de la Iglesia e Idiomas Bíblicos en la Universidad Libertad lo mismo que continuar trabajando para una Maestría en Apologética en el Seminario Teológico Bahnsen. Sus autores favoritos incluyen a R. L. Dabney, Greg Bahnsen y J. Gresham Machen. Adam puede ser contactado en la dirección adamkuehner@yahoo.com.